

Aree, no buscaba glorias locales, sino amplios símiles cosmopolitas encarnados en grandes poetas universales, en Leconte de Lisle ó en Catulo Mendès.

Y esto tampoco es una observación de retórico, sino un asunto de gusto y de tacto. Decir que Espronceda es el Byron español, parece muy bien; pero en cambio parecería ridículo asegurar que Byron es el Espronceda inglés. El señor Guido puede parecerse á Campoamor; Campoamor al señor Guido, no lo creo.

Lo que sí censuro en Rubén, en mi querido Rubén artista, en el autor brillantísimo de *Azul*, es que sacrifique sus dotes de pintor de género á su erudición clásica, y que en vez de ver las máscaras como las veía Goncourt, como las ve Lorrain, como las ven los artistas de alma, en fin, manchando el espacio gris con sus notas de color, moviéndose bajo el sol cual miríadas de insectos fantásticos, ondulando bajo los andrajos luminosos, representando la locura y la ingenuidad del corazón humano, las vea como filósofo y diga:

« *Le carnaval s'amuse...* y Madrid se disfraza y danza y toca las castañetas. Se ha divertido el pueblo con igual humor al que hubiese tenido sin Cavite y sin Santiago de Cuba. Hay filósofos de periódico que protestan de tan jovial é inmovible ánimo; hay humoristas que defienden la risa y la alegría nacionales y que creen que « bien merecen la fiesta los » que saben divertirse ». ¡ En hora buena! Yo me siento inclinado á estar de parte de los últimos y reconozco la herencia latina. Tácito y Suetonio (Anal. III, 6. Cal. 6) nos han dejado constancia de que los duelos públicos se suspendían en Roma los días de juegos

públicos, ó mientras se celebraban ciertos sagrados ritos. El luto español no se advierte al paso del cortejo de la Locura, y aquí, más que en ninguna parte, los duelos con pan — y ¡ toros! — son menos ».

Como filósofo también, y tal vez más como amigo que como filósofo, pero en todo caso no como artista, ha considerado la literatura nueva de Madrid de la cual ha hablado en la más reciente de sus crónicas, citando á los que, según su parecer, son los representantes del futuro renacimiento literario español. A los que nombra y elogia, no quiero yo citarles. son amigos míos muy queridos y creo que merecen alabanzas. Pero citaré á algunos á quienes ha olvidado: á Martínez Ruiz, cuya sutileza crítica hace pensar en Lajeunesse; á Medina, el poeta monótono de los aires murcianos, el cantor suave y triste que ha descubierto una sensibilidad local muy curiosa; á Llanas, autor de *Alma contemporánea*, crítico sagaz y amplio cerebro muy superior en cultura á los Unamunos y á los Baralt; á... no; no seguiré citando porque tendría que hacer una lista completa de escritores madrileños que no van al café.

Y, caso extraordinario: Rubén Darío, poeta más que político, ha hablado mejor que de la España poética de la España política, y ha descubierto con clarividencia meritoria las causas de la decadencia y los elementos de la regeneración:

« He de ocuparme especialmente de estas manifestaciones de una reacción saludable y que auguraría, con tal de que esos luchadores se uniesen todos en un núcleo que trabajase por la salud de España, un movimiento digno de la patria antigua. Por lo demás, las fiestas no hacen daño, y con fiestas y toros hubo

un Gran Capitán y un Duque de Alba. El Aranjuez de la princesa de Éboli corresponde, en cierto modo, al Retiro de Felipe IV. Las máscaras suelen ser del agrado de los héroes, y cuando el Cid se casa y va el rey sacando los granos de trigo de entre los senos de Jimena, divierte á las gentes un hombre de buen humor que va vestido de diablo.

» Lo que hay es que los que quieran proclamar la reconstrucción con toda verdad y claridad han de armarse de todas armas en esta tierra de las murallas que sabéis. Hay que luchar con la oleada colosal de las preocupaciones; hay que hacer verdaderas razzias sociológicas, hay que quitar de sus hornacines ciertos viejos ídolos perjudiciales, hay que abrir todas las ventanas para que los vientos del mundo barran polvos y telarañas y queden limpias las gloriosas armaduras y los oros de los estandartes, hay que ir por el trabajo y la iniciación en las artes y empresas de la vida moderna, « hacia otra España », como dice en un reciente libro un vasco bravísimo y fuerte, — el señor Maeztu; — y donde se encuentran diamantes intelectuales como los de Ganivet, — ¡el pobre suicida! — Unanumo, Rusiñol, Burell y otros pocos, es señal de que ahondando más, el yacimiento dará de sí »

Perfectamente. En este punto, yo pienso del mismo modo. Yo creo en el porvenir de nuestra gran patria latina. Yo espero que el esfuerzo de todos hará la grandeza de mañana

*
**

JUEVES. — En el último número de la *Revista Nueva*, la revista de Ruiz Contreras, la más intelectual, la más artista, la más literaria revista madrileña, encuentro dos ó tres poemas de Rubén Darío que son sencillamente admirables.

Darío me llama « sinuoso y multiforme ». El multiforme es él; él es el variable; él es el inquietante. Seguirle paso á paso cual yo le sigo, seguirle con admiración de *gendelettre* empedernido, seguirle con cariño de hermano, en fin, es exponerse á todo lo imprevisto.

Ayer, en efecto, después de leer sus crónicas madrileñas tuve que decir que era un artista *venido á menos*. Hoy puedo asegurar que es un poeta *delicioso que progresa*.

Hoy estoy contento.

Considerando la palabra « Cyrano » como sinónimo de éxito teatral, puede decirse que hay dos Cyranos: el de Bergerac y el de Bergerat.

Ningún drama nuevo, en efecto, parece hoy preocupar tanto la atención universal, como *Plus que Reine*. En Londres, en Viena, en Berlín y en Nueva York, se anuncia como un *great succès* para la próxima temporada, y en Madrid, gracias á Contreras y Camargo y á Tuiller, podremos también aplaudirla dentro de poco tiempo.

Emile Bergerat está contento de la fortuna de su

pieza. De lo que no está contento es que algunos periodistas le hayan acusado de haber hecho un Napoleón á la medida para su amigo Coquelin.

— No — me aseguraba ayer — mi emperador no está hecho para nadie. Mi Napoleón es el verdadero, el real, no el de la leyenda, sino el de la historia. Yo le he sacado, hueso por hueso, de las memorias auténticas de sus contemporáneos. Detrás del dios, he visto al hombre y he tratado luego de hacerlo ver al público. ¡Un Napoleón á la medida! No... verdaderamente no saben lo que dicen; y la prueba la tiene usted en que mi drama no fué escrito para Coquelin, sino para Sarah. Un día en, efecto, hace ya cinco años, encontréme, hojeando los *recuerdos* de Barrás, con una estampa que representaba á la emperatriz Josefina en todo el esplendor de su belleza tropical, con su perfil delicadísimo, sus ojos alucinantes, sus labios carnales y su aspecto libertino. Aquella figura y el retrato que de ella hace Barrás me parecieron elementos preciosos para un drama destinado á la gran trágica de nuestro siglo. Para ella, pues, escribí la obra, y ella la aceptó con entusiasmo. Pero transcurrieron tres años, y como Sarah estaba aún llena de compromisos anteriores, preferí llevarme mi pieza. Coquelin lo supo y vino á buscarme. « Dame tu reina », me dijo. Yo le di mi reina, mi más que reina, y me quedé inquieto... Porque realmente mi glorioso amigo se parece muy poco á Napoleón y este punto me hizo temer que produjese mal efecto. Este punto... y otros... Verá usted... Coquelin no sabe disfrazarse, no concede importancia á esta parte de su arte, cree que se puede siempre imponer con sólo su personalidad de gran come-

dante... En fin, temerario él y temerario yo, nos expusimos á un fiasco; fuimos al estreno.

Lo que fué el estreno de *Plus que Reine*, mis lectores lo saben: fué un éxito inmenso, un éxito literario y un éxito popular. El público aplaudió frenéticamente, y la crítica aplaudió tanto como el público. Sarcey mismo, ya muy viejo y más que nunca intratable, mostróse entusiasta.

— Sí — me dice Bergerat — pero eso no impide que haya sido durante toda su existencia un imbécil.

— ¡Ingrato! — exclama Brissón. Sarcey fué quien le enseñó á usted gramática en el colegio de Dourdan!

Para consolar á Brissón, sin duda, Bergerat continúa:

— Después de todo, la crítica, buena ó mala, no tiene á mi entender ninguna importancia, desde que se ha adoptado la costumbre de improvisarla en la noche misma del estreno, sin recogimiento leal, sin la seriedad necesaria al juicio serio, al ejercicio del gusto artístico. La crítica me puso por las nubes unánimemente... Muchas gracias... Pero se lo repito á usted, eso no me interesa ni mucho ni poco.

A los que sepan que Bergerat es yerno de Teófilo Gautier, del terrible Gautier que llama eunucos á los críticos, no les extrañará este modo de hablar.

Lo que sí extrañará á todo el mundo y en especial á los hombres del oficio, es saber que el dramaturgo de *Más que Reina* asiste á las primeras representaciones de sus obras con la misma indiferencia con que asistiría á la Opera una noche de función clásica. Nada le commueve, en efecto, y hasta le parece incomprendible que artistas como Daudet y Goncourt

temblaran epilépticamente en el fondo de un palco. durante los estrenos de sus comedias.

— Más aún — me dice — si mi familia no me acompañara al teatro, yo me aburriría oyendo mi propia prosa. En cuanto al estreno de *Plus que Reine*, mi emoción fué grande porque no sólo estaba allí mi familia, sino que también mi propio hijo, con el pseudónimo de Avançon, representaba el papel de Murat. En esto de tener un vástago comediante, me parezco á Shakespeare... Lo malo es que no me le parezco sino en eso.

Luego, con verdadera ternura :

— ... Y mientras él decía ante el público: « Todos conocéis á Isabey, ¿no es cierto? Pues bien, Isabey, que es un gran artista y un gran loco, se divierte de tal modo que lo olvida todo, todo, todo. » Mientras él decía eso, vestido de Murat, yo, entre bastidores, sentíame más emocionado que nunca y creía escuchar los latidos del corazón de su madre cuyos ojos se dilataban en la penumbra del palco. ¡Pobre mamá y pobre papá! Ambos nos sentíamos sobre ascuas; ambos olvidábamos á Napoleón, y á Josefina, y al autor de la obra, para no pensar sino en nuestro Murat. Le aseguro á usted que si me hubieran puesto á escoger entre el éxito de mi hijo y mi propio éxito, no habría dudado un instante... Pero esto es muy natural, después de todo...

— Calibán el formidable, enternecido, ¡quién lo hubiera dicho!

Sonriendo exclamó:

— ¡Todos! Yo soy muy tierno... Tan tierno soy que por ver *Más que Reina* en español representado por la señora Pino y el señor Thuillier, por ver á

mis personajes moviéndose en las tablas que fueron holladas por los pies gloriosos de tantos hijos de Calderón y de Lope, por oír á José Bonaparte hablando de nuevo en Madrid más correctamente que cuando fué rey de España, estoy dispuesto á atravesar los montes. Lo único malo es que esta vez no podré entenderme, pues no conozco el castellano...

Los que lo conocemos aplaudiremos por él. Aplaudiremos al gran artista, al gran creador, al sabio que ha logrado sacar del polvo de los archivos la medalla austera que revela á una reina muerta; al evocador de sombras gloriosas y suntuosas, al que consiguió, al fin, dar vida perdurable á un Napoleón verdadero, trágico y brutal, amoroso y cómico, humano y multiforme, á un Napoleón que es al mismo tiempo el general Bonaparte y el águila del imperio; á un hombre fuerte hilando á los pies de la eterna Onfalia y apareciendo en definitiva más grande que los demás mortales no á causa de la púrpura que lo cubre, sino por la complicación intensísima de su alma insaciable.

*
**

LUNES. — Llenando de nuevo nuestras copas, el poeta de los ojos verdes me dijo:

— Oiga usted la canción de la espuma: es ligera, es alada, es vaporosa... Al principio semeja un estremecimiento de hojas marchitas, pero luego se acentúa, se completa, se alegra, y llega á producir la impresión de una falda de seda arrugada por hábiles manos.

¿La oye usted?

Toda el alma de este pálido vino está en su burbujeo irisado... Y es, como el alma de la edad media, « enorme y delicada »... No; enorme no; pero si intensa, muy intensa, muy poderosa. Es un alma de catedral gótica hecha de encajes exteriores y de recónditos misterios. Su superficie es frívola y luciente; es blanca; brilla cual un diamante y cambia de reflejos conforme cambian los ojos que la ven. Su fondo, por el contrario, es multiforme, y es hermético. Nadie ha podido nunca sondearlo.

Siendo muy pequeñas, estas copas contienen más secretos que el mar. ¡Y son secretos maravillosos los que contienen!

El príncipe de Mónaco ha descubierto, en las entrañas del océano, rudas florestas, frescas llanuras, suaves colinas: ha descubierto toda una flora complicada en las entrañas del océano; ha descubierto una flora y una fauna... En el interior del champagne nadie ha penetrado todavía.

Los que creen una noche poseerle, se equivocan. El champagne no se entrega, y burbujeando irónicamente, burbujeando en los cerebros y en los sexos de sus adoradores, los une, los separa, los enloquece y luego se va...

Estoy seguro de que, repleto de licores, repleto de vinos, repleto de ajenjo, usted ha soñado toda la noche. Ahito de champagne, no ha sonado usted nunca. Y es porque el champagne no vive su ligera vida de llama fluida sino en la acción y en la actividad. Al que se duerme le abandona.

El champagne es galeoto. Los labios que se empan en sus ondas de topacio, tienden á juntarse en

largos besos febriles, atraídos por el imán misterioso de las burbujas. Para beberlo como se debe, ninguna copa es mejor que la copa de los labios deseados... ¡Ah! libar con boca sedienta en otra boca húmeda, libar el divino néctar de Ay en el cáliz palpitante de un geranio humano; libar el champagne y con el champagne el aliento, y con el aliento el alma, ¿qué placer más grande? No, en verdad; no lo hay más grande.

Es el vino del amor.

Al caer en una copa de forma griega, muy baja, muy ancha; al caer y estallar en blanca espuma haciendo *fru-frus* de falda nueva, obliga á pensar en los remolinos de encaje de las pecadoras que se desnudan, en las sábanas que se arrugan bajo los cuerpos enamorados, en las plumas del cisne que se pasma sobre Leda...

FIN

